

Dana Hart

Matchhita



Muchos pueblos son así. Herméticos. No suelen tratar bien a quien llega con aires extranjeros. Está lleno de secretos que nunca se cuentan, que nadie dice. Verdades aprendidas y desarrolladas, transmitidas de generación en generación, que se guardan con celo cuando se ven bajo amenaza. Amenaza un acento. Amenaza una cultura. Amenazan las ganas de comer algo nuevo. No siempre es negativo. En ocasiones tiene más que ver con la protección propia, con salvaguardarse de aquello que más que extranjero es opresor, saqueador, imperialista, y lamentablemente suele venir también, desde afuera.

Marchita era una ciudad de aquel tipo, como tantas otras. Evitando a toda costa la llegada de lo foráneo. No tenía ni mar, ni puerto, ni aeropuertos, ni siquiera terminales de buses. Había un solo transporte público, que recorría de extremo a extremo la ciudad, sin salirse nunca de sus límites.

Era bastante raro encontrarse con alguien vistiendo ropas diferentes o hablando en un tono distinto, por

ejemplo a los gritos, por la vereda. Parecía que la globalización, se había olvidado de aquel pueblo, lo había pasado por alto, a penas por desgracia, marcándolo en los mapas.

Sus habitantes se casaban solo entre sí o no se casaban. Nadie se los dijo, nadie lo habló nunca en la escuela, pero la cultura y los hábitos se imponían como una costra en las lastimaduras. Ni Roberto, ni Carlos, ni Mariana o Daniela, salieron nunca con un italiano, un irlandés, un escocés, una china, japonesa o gringo.

Ni siquiera le abrían las puertas a los famosos Elmer`s, que venían rubios, altos, platinados, saludando por las esquinas, de buen vestir y nombres anotados en el pecho, con morrales llenos de papeles. Nadie les abría. Llamaban, si, pero no les respondían. Igual que su Dios, tan ciego, tan sordo y tan mudo.

De alguna manera, fue de ese modo en el que Marchita evitó las conquistas. Ni los españoles con sus sables, ni Pedro's de Valdivia's cortando cabezas. No había estatuas de nadie, ni monumentos a ningún cabrón

patriota de bandera parada. Ni una sola bandera. Raro es que Marchita no hubiera creado la suya propia, con sus propias insignias en sus propias rotondas. Autóctonas. Nativas.

La influencia de los españoles fue muy mínima. No hay Iglesia en Marchita. Las calles no terminaban en una plaza central, como en el resto de las ciudades, sino que existía una sola avenida gruesa, de unas veinte cuadras, sobre la base de la cual funcionaban todo el resto. Una sola línea no es el estilo europeo.

Los perros eran todos de la calle. Nada de Bulldogs, San Bernardo's o Caniches, aunque era un poco imposible de ocultar el hecho de que todos eran en algún punto la cruce con otro que venía de alguna otra parte. Y los negocios solo vendían productos locales. Alfajores. Harinas. Verduras. Frutas. Todo traído del mismísimo campo o elaborado en la zona. Nada de Coca`s Cola`s o Pepsi`s de lata. Había una góndola con algunos productos de ese tipo, que algún traficante de azúcares pasó sin que nadie se diera cuenta. Pero la

gente no los compra. Los deja ahí mismo, en la góndola, enterrándose en el polvo.

Parece una utopía, porque, ¿quién no va a querer una Coca Cola bien fría? Si hasta la cerveza se la hacían, allí, artesanalmente, con las propias manos Marchitoninas. Las coordenadas para llegar al pueblo, son imposibles de descifrar. Es como el triángulo de las Bermudas, donde los aviones se marean y estallan sus brújulas. O como las latitudes donde subyace el Titanic, a donde se recomienda, con bastantes alarmas, no ir.

Había unas escaleras, pintadas de colores, muy parecidas a las escaleras pintadas de colores de Medellín, o Valparaíso, o quizás, todos y cada uno de los pueblos del mundo.

Se protegía como un escudo. A veces bien. A veces mal. A veces bien cuando era contra un saqueador. A veces mal cuando era contra un pobre señor que venía buscando trabajo o agua potable para tomar.

Y es que el agua es un bienpreciado en Marchita. No se le regala a cualquiera. De otro modo no habrían podido conservarla durante tiempo, sin que la contaminaran, o extrajeran de manera desbordada. En otras partes hacen diques, tiran desechos industriales y mineros, secan.

Con el transcurso de los años el pueblo de Marchita aprendió a distinguir, al que saquea del que trabaja, al que gobierna del que sufre, al que oprime del que puede convertirse en hermano, hermana, contra la opresión.



www.danahartescritora.com